



## *Inculturación y cristianismo<sup>1</sup>*

*U. Alonso del Campo*

El proceso de "inculturación" pretende poner de manifiesto a los hombres de una época histórica que, para abrazar la fe, no necesitan traicionar su cultura y que el Evangelio no oscurece las virtualidades de una determinada cultura; al contrario, si no es una perversión de la misión evangélica, las orienta hacia una plenitud mayor y esperanzada, despojándola de aquellos ropajes y tradiciones que alienan a la persona humana. A su vez, el proceso de "evangelización de la cultura" no supone una asunción indiscriminada de todo lo que es producto del progreso cultural; éste tiene sus contravalores que necesitan someterse al análisis crítico de sí mismo y al de otras instancias.

Tres grandes vías dan paso al diálogo entre fe y cultura y son, por otra parte, como presupuestos o planteamientos desde los que es posible ofrecer vectores para la reflexión: a) el tema de la inculturación en sí; b) el de su desafío profético; c) el de su coherencia como cultura religiosa. En no pocas ocasiones los contextos y procesos culturales, en lugar de ser vehículo y canalización para hacer efectivo, real y transparente el mensaje evangélico, se convierten en barreras y obscurecimiento del contenido de la fe por falta de discernimiento en cuanto a las actitudes que debemos mantener los creyentes. Olvidamos el sentido de la historia y la necesaria encarnación del misterio para ser inteligible y creíble. Por ello son numerosos los cristianos que llevan impreso en su espíritu la caricatura de un Dios desfigurado que tiene muy poco que ver con el verdadero rostro del Dios revelado en Jesucristo. Por este motivo es necesario reafirmar la necesaria inculturación moderna del cristianismo a pesar de los riesgos y del contacto con el polvo o el fango del camino. Sin acercamiento a la humanidad no hay trascendencia; puede haber "ilusionantes trascendencias" que son una forma de desvirtuar el sentido renovador y liberador del Evangelio y de la Palabra de Dios.

Al hablar de inculturación del cristianismo no nos referimos a que tenga que llevarse a cabo en culturas exóticas; aunque también en estas culturas. Nos referimos al mundo nuestro, cercano a nosotros, al de la inculturación del cristianismo en nuestro propio contexto cultural. No nos parece exagerado afirmar que el cristianismo sólo ha realizado plenamente hasta ahora una inculturación: la referente al mundo occidental premoderno durante los primeros quince siglos de la historia cristiana. La cuestión de mayor calibre que tienen planteadas las iglesias cristianas y especialmente la católica, en Europa (y por extensión en el mundo occidental) es la de la todavía, en buena medida, pendiente inculturación moderna de la fe. Entendemos por cultura moderna la cultura postmedieval; es decir, la que se ha ido forjando en Europa desde el Renacimiento. Y al hablar de cultura nos referimos, en un sentido lato, al conjunto de esquemas o paradigmas interpretativos de la realidad que posibiliten la instalación en el mundo y la comunicación en una época y en un ámbito geográfico determinado.

Por inculturación solemos designar los fenómenos derivados del encuentro entre el mensaje cristiano y una determinada cultura; el proceso y el resultado de la inserción del cristianismo en las diversas culturas, las distintas mediaciones culturales de la fe cristiana y las diversas formas de interacción entre el Evangelio y el universo cultural en el que es predicado y vivido. Es la nueva manera de referirnos a la "encarnación" del Evangelio en las distintas culturas.

### *La mediación cultural de la religión*

No podemos confundir religión y cultura, pero tampoco podemos disociarlas de tal modo que resulten como dos realidades con vinculaciones meramente extrínsecas y mucho menos antagónicas. Toda cultura tiene, en una u otra medida, una dimensión religiosa y toda religión necesita, en su concreción y modos de expresión y vivencia, una mediación cultural. Toda religión constituye no sólo, pero también, un fenómeno cultural, porque solamente puede expresarse el contenido religioso mediante unos determinados recursos y mediaciones culturales. Una religión sin expresión cultural, sería una religión simplemente inexpresiva; una religión inexistente, sin soporte existencial, pues los contenidos revelados no tienen medios expresivos propios, sino que tiene que pedirlos prestados de la cultura de sus destinatarios para hacerse comprensible y hacer inteligible el mensaje. La fe, como respuesta al contenido revelado, sólo puede expresarse en el interior

de una determinada cultura. Toda religión es, por tanto, culturalmente immanente, aunque intencionalmente sea trascendente. Y esa trascendencia sólo puede expresarse con mediaciones y recursos culturalmente immanentes. El cristianismo, como toda religión, tiene que expresarse, manifestarse en una cultura determinada, sin que necesariamente tenga que quedar vinculada a ella. Y si la fe trasciende cualquier cultura, puede expresarse simultánea o sucesivamente, en culturas distintas.

No podemos olvidar que la mediación cultural de toda religión, y por tanto del cristianismo, lleva implícitas consecuencias importantes: a) La necesidad de distinguir entre el objeto de la fe y sus formas culturales de expresión que siempre son históricas y contingentes. Santo Tomás, con gran acierto y precisión teológica, afirmó que el acto de fe no tiene como término lo enunciado, sino la realidad a la cual éste remite. b) La legitimidad del tratamiento científico del hecho religioso y, en particular de la utilización de los métodos histórico-críticos, crítico-literarios y hermenéuticos en el estudio de los textos religiosos. c) La posibilidad de preguntarse si determinadas afirmaciones forman parte del contenido de la fe cristiana o pertenecen, por el contrario, únicamente a su vehículo cultural e histórico de expresión.

En el diálogo entre fe y cultura se parte de algunos presupuestos imprescindibles para que el diálogo sea fecundo. El primero de los cuales es que, para poder dialogar con fecundidad y perspectivas de éxito con la cultura actual, es necesario estar dispuestos a renunciar a la síntesis de la fe y la cultura que nos legó el régimen de cristiandad. Esto exige un cambio profundo de mentalidad. Queramos o no aquel orden social concreto y unitario ha desaparecido, porque son otras las coordenadas en las que se mueven los hombres de hoy y no podemos vivir de añoranzas. El pensamiento actual, en todos los frentes, ha relativizado los absolutismos de otras épocas y las interpretaciones unitarias. El pluralismo se ha impuesto, no como mal menor, sino como clima necesario y obligado para una humanización más acorde con las exigencias básicas y fundamentales de la persona, dentro de las cuales el sentido de la libertad, de respeto y de convivencia deben constituir los marcos de referencia en los que el hombre asume su destino y su proyecto de futuro, responsable y comunitariamente.

El Concilio Vaticano II recordó que "la Iglesia, enviada a todos los pueblos sin distinción de épocas y regiones, no está ligada de manera exclusiva e indisoluble a ninguna raza o nación, ni a ningún sistema particular de vida, o costumbre alguna antigua o reciente" (GS 58c). Este espíritu nuevo y esta sensibilidad renovada constituyen una apertura espiritual a la verdadera libertad y exigencia del hombre, muy distante de las posturas defensivas, llenas de precauciones y reservas para "protegerse" y "defenderse". Nuestra época requiere una nueva síntesis de la fe y la cultura propia de la modernidad. Estos caminos de encuentro obligan a recorrer distintas y escalonadas etapas: en primer lugar, el análisis riguroso, objetivo y leal de los rasgos que caracterizan la modernidad, entre los que cabría señalar el sentido y alcance del proceso de secularización, el reconocimiento de las características de la mentalidad científico-técnica, la fe en el progreso con la confianza y limitaciones que todo proceso humano tiene, la actitud tolerante, la capacidad de diálogo..., así como la sensibilidad ante las nuevas perspectivas de la postmodernidad. En segundo lugar, es necesario un claro discernimiento de los valores y contravalores cristianos que contienen, lo cual exige el ejercicio de un análisis crítico. Y finalmente, integrar armónicamente todos estos valores en una nueva síntesis de fe y cultura y esforzarse, desde dentro, por purificar la modernidad de sus contravalores...

El aspecto positivo de las culturas es resaltado por C. Geffré en estos términos: "Al menos en principio, ninguna cultura humana es una cultura de muerte: toda cultura busca superar el orden de las necesidades inmediatas y es portadora de una llamada a trascenderse a sí misma". Con lo que podemos afirmar que "el anuncio del Evangelio en las diversas culturas, aunque exige de cada destinatario la adhesión de la fe, no les impide conservar una identidad cultural propia".

La inculturación es pues un proceso y, por tanto, requiere "tiempo e historia": "el proceso de inserción de la Iglesia en las culturas de los pueblos, requiere largo tiempo" (RM, 52)... La inculturación va realizándose a través de una dialéctica de ruptura y asimilación, de cambios y de continuidad. Esta relación dialéctica se establece entre el anuncio del Evangelio como novedad y signo de contradicción frente a ideologías, al pensamiento, criterio y actitudes, contextos culturales, y valores donde es proclamado. Puede provocarse la ruptura igualmente por parte de la cultura dominante de los mensajeros del Evangelio vinculados a formas sociales o políticas que imponen sus sistemas culturales. Lo importante es saber si el conflicto que obstaculiza la acogida del Evangelio proviene del Evangelio mismo o de la cultura dominante de los mensajeros del Evangelio.

Si fe y cultura logran una adecuada integración, el Evangelio asegura la continuidad de los componentes culturales en la cultura en que se encarna. Una cultura determinada debe también cuestionar su modo de vivir la fe cristiana de tal modo que el anuncio evangélico no sea un factor alienante. En la Encíclica *Centesimus*

*annus*, se afirma que "cuando una cultura se encierra en sí misma y trata de perpetuar formas de vida anticuadas, rechazando cualquier cambio y confrontación sobre la verdad del hombre, entonces se vuelve estéril y lleva a la decadencia" (n. 50). Geffi ha precisado con clarividencia esta dialéctica entre fe y cultura, al escribir que no se trata de anunciar un cristianismo diferente sino de favorecer las condiciones para la aparición de una figura histórica diferente del cristianismo: "en otras palabras, el cristianismo es infiel a su naturaleza de "camino", a su condición exodal, cuando absolutiza una religión histórica, es decir, una cierta objetivación institucional, ritual y doctrinal, como un estado definitivo de la Iglesia de Cristo. El Evangelio no ejercita solamente una función crítica respecto a otras religiones; la Iglesia no puede ser fiel a su catolicidad más que aceptando la conversión, es decir, aceptando una puesta en cuestión de su modo de expresión occidental"...

La encíclica de Juan Pablo II, *Fides et Ratio* señala algunos principios rectores para la verdadera inculturación: a) "El de la universalidad del espíritu humano, cuyas exigencias fundamentales deben mantenerse en las culturas más diversas" (n. 72). El relativismo cultural que vive no de lo universal, afirma Bertsand Ugeux, sino de lo diferente, puede desembocar en pisotear los derechos del individuo. b) "Cuando la Iglesia entra en contacto con grandes culturas a las que anteriormente no había llegado, no puede olvidar lo que ha adquirido en la inculturación en el pensamiento grecolatino" (n. 72). c) Hay que evitar confundir la legítima reivindicación de lo específico y original del pensamiento (de un pueblo) con la idea de que una tradición cultural deba encerrarse en su diferencia y afirmarse en su oposición a otras tradiciones, lo cual es contrario a la naturaleza misma del espíritu humano.